

heroico de los caballos enjaezados. Las carretelas, los *Renault*, los *Fiat*, iban y venían henchidos de mujeres y de colores. Sedas y encajes alternaban con muselinas y gasas, y los sombreros de terciopelo y las gorras de papel, y las mantillas sevillanas, y los enflecados mantones, barajábanse y armonizaban la diversidad de sus tonos y formas, en aquel movimiento lúcido, de enrevesada geometría que la mirada atenta perseguía como si estuviese fascinada por un vértigo de caleidoscopio. El aire se solidificaba, efímeramente, en filamentos de *serpentin*as. Por todas partes estallaban ramilletes de iris, que, cayendo, después, sobre el pavimento, lo cubrían y alfombraban de caprichosas bordaduras. Y en la luz cromógena de la tarde, los rostros empolvados de las mujeres criollas parecían llevar, como lámparas de alabastro y nácar, sendas claridades interiores.

Yo veía pasar esta caravana oropelesca y multiforme y desarrollar su abigarramiento, que presentaba un aspecto de histrionismo callejero y elegante, y la silueta policromada de la procesión destacábase sobre un fondo de lapislázuli, cuya profundidad esplendorosa comenzaba a teñirse con los tenues amarantos del crepúsculo. El sol, a un lado, sin ráfagas, colgaba, sobre el

azul, su descendente bola de carmín inflamado.

Todo esto sucedía en el *Malecón*, a la orilla del mar, que alzaba en el horizonte su elástica raya de cobalto tramada de cristal argentado.

La alegría era frívola, necesariamente. Y al principio, me causó la impresión de que estaba un tanto forzada, como si fuese una alegría obligatoria, oficial, reglamentaria. Sonrisas y risas tenían poca espontaneidad. No veía yo, en los ojos, la intensa llamita espiritual, la gaya luciérnaga de los jardines del corazón. Aquel regocijo parecíame como automático y distraído. Contemplaba en las *victorias*, en los *fords*, en los trenes ricos, en los pobres *aliados*, cuerpos en actitudes desmayadas, cabezas con veladura de modorra, fisonomías de desdén aburrido, mímicas de gozne endurecido, miradas indiferentes, gestos insinceros, y, en algunos jóvenes, una algazara intrépida que más semejaba sacudida por el aburrimiento que engendrada por el deseo.

¿Era verdad? ¿Mi observación estaba segura de mis anotaciones? Probablemente, no. Seguramente, no. Porque, poco a poco, casi sin perci-

birlo, en una agradable inconsciencia, me fui sintiendo animado por el espectáculo, en el que, punto por punto, instante por instante, subía el goce como una marea. Y no diré que el goce era loco, desenfrenado y tumultuoso; pero sí ingenuo y fácil. La amable severidad de la primera hora se desleía, en muchachos y muchachas, en franco y abierto anhelo de felicidad. La juventud, se abre en flor, apenas siente el hálito acariciador del placer. No hay cosa igual, en esa edad, a la de respirar el ambiente cargado de risas. La dicha de vivir sale entonces por los poros. Y así va saltando, de grupo a grupo, de vida a vida, de pecho a pecho, de corazón a corazón. La felicidad de las multitudes es como una onda sonora que se extiende en círculos concéntricos, cada vez más amplios.

Yo sufrí la contaminación, y, por un corto espacio de tiempo, entré en aquella suave insania de una sociedad que se divierte con cierta parsimonia característica, con cierta complacencia noble no exenta de atractivo mundano.

Sin embargo, contagiado de la moderada alegría criolla, conservé un resto de personalidad, el necesario para proseguir con él mi inveterada manía de observación y análisis.

Mi vieja tristeza india, el receloso y melancó-

lico azteca que en el fondo de mi ánima se acurruca con aspecto hierático, como un ídolo monolítico, olvidado en el rincón sombrío de una caverna, mi temperamento de hombre pasivo y adusto, que es, quizá, el resultado de milenarias fatigas acumuladas por mis abuelos; mi tendencia de raza a no entregar, sin reticencias, la voluntad a los impulsos del regocijo, hicieronme creer que aquí, como en mi patria, el contento tenía algo de reservado y tímido, como si las gentes se violentasen para experimentar la satisfacción completa, el gusto excesivo que embarga a las muchedumbres de otros países, mejor conformadas para disfrutar de la alegría comunal.

Luego, al ser invadido por el goce que no era íntimo, ni partía e irradiaba de mí para los otros, sino que, al contrario, me llegaba de fuera, me bañaba, caía como un maná sobre mis manos extendidas, pensé que, en la inevitable influencia del medio, mis facultades sensitivas adquirirían una adaptación accidental a la función multiplicada del regocijo que, con serena embriaguez, emborrachaba a las muchedumbres de vida, color y luz. Volví a ser joven y alegre en un largo minuto de carnaval habanero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1909. 1825 MONTERREY, MEXICO

Mas lo que en mí quedaba de observador me obligó a fijarme en que la *bande joyeuse* estaba compuesta, en su mayoría, por la clase burguesa, la buena clase media en la cual suelen florecer, como en terreno ricamente abonado, virtudes sociales y privadas de suprema importancia. Aspirar, luchar, mejorar son, en esa clase, tres nobles impulsos que brillan, como tres facetas en un diamante. El bienestar sin opulencia, la esplendidez sin derroche, inclinan suavemente el espíritu hacia una simpática confianza.

La clase media muestra un alborozo ingenuo que seduce por la espontaneidad de sus manifestaciones. No es, por lo general, el suyo, un júbilo arrebatado y ciego, como el de abajo, el infimo, el del subsuelo popular, ni es tampoco el contento cuidadoso, parsimonioso y artificioso, de las selectas aristocracias.

Dorado es, y blanco el regocijo de los salones; negro y rojo el de las encrucijadas; violeta y rosa, con relampagueos de plata virgen, este callejero de las tardes de carnaval, sonante a risas frescas, a gritos galantes, a cuchicheos amorosos.

Generalizo un poquillo la impresión, y me figuro que eso mismo pasa en muchas sociedades de la América española. La clase media, en mi

país, por ejemplo, se divierte con una alegría llena de salud moral, que en las clases altas se mezcla, a veces, con malignas emulaciones y hastíos disfrazados de *dandysmo*.

El indio, en cambio, el pobre paria, el desamparado de la sana alegría, semidesnudo y triste junto a su choza gris, sobre la llanura gris, bajo el cielo implacablemente gris (más que la llanura y que la choza), ve pasar los días grises, monótonos, austeros, alumbrados de tiempo en tiempo por la flama de los cirios en los altares y el fogonazo de la pólvora en las batallas. El indio es carne de superstición o carne de cañón; carne de placer, no. Su muda gravedad prehistórica; su melancólico ensimismamiento, son viejos como el mundo. Y, sin embargo, ¡cuántas veces llegan a él, traídas por las piadosas alas del viento, las músicas de los afortunados, las cajadas de los ahitos, las voces de los felices! ¡Cuántas otras ve correr, a lo lejos, como fuegos fatuos en la penumbra de la ciudad remota, las luces de la fiesta, las antorchas de la dominguera procesión, los farolillos de colores de la mascarada de la dicha! Y si la tristeza del indio es desconfiada y retraída, la alegría del *ranchero* es grosera y agresiva.

Y, por una cadena de asociaciones y acerca-

mientos mnemotécnicos, quiero atar los recuerdos de mi tierra a las rápidas visiones, a las inconsistentes observaciones de este pueblo de Cuba, tan interesante, y, por varias circunstancias, tan semejante al mío. Una pregunta me sale a los labios: ¿El *guajiro* es alegre? A través de sus canciones, de sus *puntos*, de sus dichos, de su caudaloso *folklore*, lo siento lánguido, sensual, candoroso; y también irónico, zumbón, deseoso de abrir, aquí y allá, la vena de la sátira. El *guajiro* me parece soñador, voluptuoso, apacible y dulce. En sus campos de tabaco o de caña, bajo sus ceibas y sus palmas, gusta de amar y de sentirse amado, con una pasión arrulladora y lasciva, a un tiempo, como las melodías y los ritmos de sus cantos. En el vaho de su taza de café y en el humo de su veguero se enredan sus inconstantes ilusiones. Pero el *guajiro* no me parece hecho para la animación loca, para la risa funambulesca. Hay en él una placidez laxa, empurpurada de urótica ternura, o de súbito y valeroso coraje. Este tipo entrevisto apenas, ¿tendrá rudimentarios lineamientos de realidad? Mucho temo que el diseño resulte caprichoso.



El hombre de color, el del *solar*, el del barrio, al que me he acercado un poco, resúltame, tal vez, más adaptable a la alegría, y me he sospechado que la experimenta, en ocasiones, muy honda y muy sincera. Sólo que se diría que entra en ella con tal ánimo y decisión, que se le complica de frenesí y violencia. La borrachera del regocijo confina, en su período agudo, con el dolor y la cólera. Es a modo de escalera subterránea por la que, a tientas, baja el instinto para azuzar a las bestias de la ferocidad que dormitan en el antro de la conciencia. La risa que sacude demasiado el cuerpo, despierta al primitivo que todos llevamos dentro. El placer delirante es como una regresión repentina a las pasiones de la selva.

El Carnaval, que no logra revivir el paganismo en los planos sociales superiores, resucita vagas tentaciones y como dormidas memorias en las gentes no asimiladas por completo a la civilización. Y, por eso, reciben estos días con no sé qué sagrado deleite que les remueve, en el alma obscura, el polvo de los antepasados.

Yo recuerdo los *huehuenches* de mi tierra, que eran grupos de tribus habitadoras de aldeas cercanas a los centros de cultura. Recuerdo los trajes de pluma, las máscaras de animales, la

acompañada danza sacerdotal, bailada al son de la chirimía tolteca. Y comparo este recuerdo con las genuinas y originales *comparsas* del Carnaval cubano, en las que hay la simulación de algún antiguo y pintoresco rito, el sedimento de alguna tremenda ceremonia teogónica que se desliza, fatídico y peligroso, entre las burlas y los paseos, y los ficticios goces de las fiestas que fueron, en otras épocas, costumbres insanas, y hoy son burguesas y divertidas procesiones de guiñaperías brillantes y vehículos adornados, para que, como en la célebre comedia francesa, se diviertan los buenos burgueses.

EL INVIERNO TROPICAL

PARA escribir este artículo me he visto obligado a cerrar la persiana. Son las cuatro de la tarde, y la luz del sol, ya próximo al ocaso, deslumbra y lastima todavía como en la hora bochornosa de la siesta. Por la calle sueña la algazara de la ciudad en agitación. Pasan los *aliados*, y sus jamelgos van marcando el paso tardío, al hacer sonar sobre el asfalto del pavimento las flojas herraduras. Pasan los *fords* con sordos estridores de hierro y prolongadas notas de sirena ronca. Los chiquitines voceadores de periódicos pasan, a carrera tendida, sin dejar de gritar, en una entonación aguda y desagradable. Los transeúntes conversan en alta voz, de acera a acera. Los vendedores ambulantes cantan, como de costumbre, su musical algarabía. Esta raza es naturalmente alharaquenta. Habla en el alto diapasón

del entusiasmo. El ruido la estimula y es su ambiente. Las palabras, en la vía pública, van, vuelven, se atropellan, se mezclan, y en corrillos apiñados, en bandas ambulantes, en saludos, en diálogos vivaces, forman un coro de rumores extraños, una confusión ecoica que suele aturdirnos a quienes no nacimos en este aire sonoro y refulgente. Es la alegría de vivir que pasa. Las gentes están contentas. Un organillo muele, dentro de su caja portátil, una danza campanilleante.

Sol, ruido, vocería, músicas callejeras, un poco de brisa fresca, hálito apacible del mar; regocijo en actividad; vida en plenitud; esta es una tarde de invierno en la ciudad de la Habana.

¿En dónde están las nubes pesadas, las nieblas morenas, las claridades mortecinas, los claro-oscuros melancólicos, los matices lánguidos de las hojas secas, la queja asmática de los vientos?

¿En dónde están los horizontes borrosos y los crepúsculos anémicos, sin sol?

Lo estoy mirando: esta tierra no conoce el noviembre gris, el que se viste de estameña parada, y cruza al caer de los días, contando historias lúgubres, como en el cuento de Andersen. Pueden estar seguras las ventanas: no las azotará el viento de la noche,

Esta es la Isla del color y de la diafanidad; pero además, en el invierno, es el país de hadas, de la frescura y de la luz. Es como un nido tibio en medio del mar.

Los niños sueñan con las golosinas de Jauja; con los ríos de leche espumosa; los alcázares de alfeñique; los volcanes de azúcar cande, y las flores de pastelillos mermelados.

Pues bien; los *yanquis*, cuando empiezan a sentir el brusco enfriamiento de las ráfagas otoñales, sueñan también en su fantástico Eldorado, y, soñando, soñando, ven surgir del golfo de plata, sobre el fondo rosa y ámbar del cielo matinal, esta isla risueña y amorosa, que los llama desde lejos con el vaivén de sus empinadas palmeras. Y su imaginación sajona, caprichosamente romántica, a pesar de la inquieta lucha por el *dollar*, perfila en sus recuerdos la visión de esta bahía admirable que, desde las aguas, presenta el panorama argentado y claro de una costa helénica, que placidamente se extiende a la orilla del «mar de violetas», cantado por Homero.

Y, año por año, tal sueño se realiza, como todos los sueños de ese pueblo fuerte. Mediando está noviembre y el trajín del puerto es vertiginoso. Los barcos llegan a los muelles como fa-

tigados por el exceso de pasajeros. Apenas caídas, crujen las escalas por donde desciende, en regocijado alboroto, el tumulto de los *turistas*. Los velos blancos aletean sobre los sombrerillos de Panamá; blancas son faldas y medias y zapatillas; y las manos, de un blanco sonrosado, empuñan sendos manojos de flores; y los rostros, de láctea blancura, sonrien aniñadamente, mientras los ojos azules, verdes, de ágata luminoso o de jaspe fosforescente, ven, con asombro infantil, las maravillas que luce el día sobre la seda trémula del oleaje.

Y si ellas, las americanas, bajan alegremente, ellos, los *yanquis*, no les van a la zaga, vestidos de *palmbeach* amarillento y con camisas de cuello abierto, a la marinera; indumentaria de playa, elegancia sin finura que no carece, sin embargo, de atractivos y gallardías.

Y por las atestadas bodegas de los muelles, van las procesiones de viajeros, entre la balumba de alijadores y estibadores, carretillas atestadas de bultos pesados, y sonantes carros con montañas de mercancías, y cargadores de baúles y petacas; cruzan los indispensables bolillos de mano, los precavidos paraguas, los atléticos corpachones, las figuras robustas y ágiles de las muchachas, los contornos *extraplano*s

de corte inglés, de las cuarentonas y solteras, y las niñeras, de delantal y cofia albeantes, que llevan en brazos a los crios mofletudos y nacarinos.

Tranvías, coches, *máquinas*, carretas, hacen increíbles evoluciones en las calles y plazas adyacentes al puerto, y la congestión del tráfico en las horas útiles del día, traza un cuadro variado y animado que aturde tanto como enloquece. El afán se hizo vértigo.

Es que las gentes del Norte llegan a confortarse en este lindo brasero tropical que, si como dijo el poeta, es en verano *fuego voracísimo que abrasa*, en invierno es *mansa lumbre que calienta*.

Pero toda esta animación, que es atropellada y fenicia en los muelles, truécase en el corazón de la ciudad en movimiento de feria. La ciudad, día y noche, parece estar de fiesta. Parece que se engalana para una recepción diplomática.

Por la plataforma del *Prado* pasean, en las tardes verdiazules, bandadas de *miss risueñas*. Se les ve el placer de sentir sobre la piel de camelia la caricia del sol cubano. Y los *gentlemen*, irreprochables, de rostro epilado y mirada des-

pectiva, las acompañan. Se les conoce que están en buenas relaciones con la felicidad. Hay en esos seres la satisfacción de haber burlado las crueldades del frío que raja la piel, de la bruma que opaca la luz, de la lluvia obstinada, de la nieve monótona.

Y con trajes ligeros y semblantes plácidos, a pie o en carretela de alquiler, o en *Packard* fastuoso, o en la corredora *araña*, llenan el *Malecón* por las tardes, y ponen su nota extranjera en el concierto de la franca alegría criolla, a esa hora incomparable en que frente a la calzada del paseo extiende el ocaso su telón prodigioso. En el portal de *Miramar* no hay mesa vacía. Rubio *laguer*, pálido *wiskey*, y los cien matices de los refrescos habaneros, se irisan en los cristales de las copas, untados de claridad occidua, que por todas partes derrama tintes imprevistos y fantásticos, como si en el aire se hubiesen desleído mágicas pedrerías.

Y luego, en las noches, la vía luminosa que divide en dos la penumbra de la ciudad moteada de farolillos coloniales, hierve de forasteros sajones. A las puertas de los hoteles, en el lujoso salón de *restaurants* y *cafés*, en la *Acera del Louvre*, por las angostas calles de San Rafael, en el pórtico del *Maxim*, en cualquier parte don-

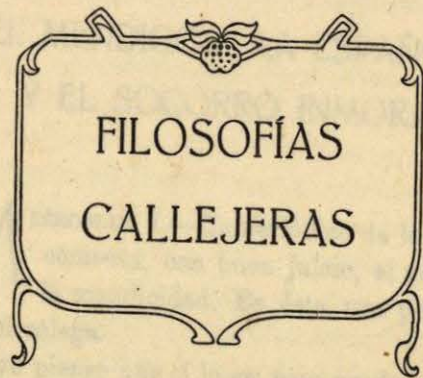
de se anuncie un espectáculo, una distracción, un goce efímero, estarán estos grupos de mujeres ostentosamente ataviadas con telas de colores atrevidos y cabezas de blondo mate.

Son las gentes del Norte ricas, amables, satisfechas, que abandonaron sus hogares y sus metrópolis, y sus costumbres, por venir a gozar de esta tierra de esmeralda, incrustada en las turquesas marinas; de esta adorable tibieza que se siente en el alma y en el cuerpo como un beso del cielo azul; de este inmenso topacio solar, dentro del que vivimos como dentro de un ocre y transparente fanal; de estos árboles más tupidos de hojas que en abril, de estas flores más fragantes que en mayo, de estos gorriones que no cesan de hacer sus aéreas y bulliciosas travesuras, de estas golondrinas que no se van porque todavía sienten que les alisa las plumas la mano de la primavera; de esta Jauja antillana que no sabe de las celadas de la nieve, de las perfidias del ventisquero, de las cegueras de la niebla, de las tristezas del copo que cae, de las elegías del viento nocturno, de las desolaciones de las noches cerradas en sombra.

Este es el invierno de la Habana. Bien venido sea—dicen los yanquis. Y son ellos los bienvenidos. ¡Acógelos, blanca ciudad de la alegría!

y del sol; son pájaros polares que vienen, año
por año, a calentarse, en tu cálida vida, las alas
que no quieren entumecerse!

¡Son los patos de la Florida!



CAPILLA ALFONSO SINA

C. A. N. I.